

Así es El Huaso

Ni botas de campo, ni pañuelo de hierba para la cabeza, ni calzón corto, ni altos sombreros puntiagudos, como los que se ven en los grabados de los siglos XVIII y XIX. Bajo su manta, que por lujo reduce a un simple peto de colores, se ve a un tipo hispanoamericano definido por la homogeneidad de la raza y el rigor del trabajo campesino. Algo de su herencia renacentista anda en el oficio suntuoso de las talabarterías que utiliza, orlas, respuntes, guarniciones; su herencia renacentista y su herencia morisco-española de donde provienen los arabescos y la silla jineta. Todo ello un poco adaptado, a veces bajando de tono, si se quiere, nacionalizado por una raza homogénea tradicionalista por aislamiento geográfico, vale decir, por imperativo físico. En este medio propio el huaso se hizo junto con el caballo chileno en una fusión de raíces muy profundas como que alcanza a los substratos de lo místico, por parte del indígena que trató al caballo de los españoles como un ser casi sobrenatural, fuerte, piafante, estentóreo, mascador de hierro, tan distinto a sus dulces y frágiles guanacos y vicuñas. Su admiración por los caballos está latente en el cuidado orgulloso que el huaso tiene por su cabalgadura manifestado en el aprendizaje de la equitación.

En los pormenores del recado de montar despuntan los detalles normativos caballerescos de los juegos de cañas y sortijas. Los cintajos colorines son restos —enseña de las gualdrapas y baticolas usadas por los gobernadores hidalgos desde don García Hurtado de Mendoza hasta Juan de Henríquez y Gabriel Cano de Aponte—, usados luego por los criollos ricos que solemnizaron con su esplendidez un poco ruda el paseo del estandarte en los piadosos, vetustos días coloniales.

Tradicción, individualismo, sobriedad, rudeza, fastuosidad hacen del huaso un conjunto vital de perfiles muy marcados donde se resumen tiempo y nación. Sobre las hazañas de guerra de la conquista, crece en la vida de la campaña la leyenda del trabajo de los vaqueros, siervos hereditarios, apegados a la tierra, capaces de cumplir las duras labores de tiento, acoso y derribo de anima-

les. Sólo jinetes muy hábiles pueden cumplir esas tareas. En los corros de los fogones de las haciendas se enriquece entonces esa leyenda que al convertirse en realidad da por fruto el rodeo actual, fiesta deportiva nacida de una faena —la aparta—, donde hay un poco de antigua justa caballescica, espectáculo público de ostentación nacionalista.

Y luego, los arrieros maulinos, especie de fenicios del agro chileno, al ir y venir con sus bulliciosas árreas mulares por los accidentados caminos, *conchavando*, trocando cueros de vino y otras especies hasta alcanzar a las últimas reducciones indígenas australes, plantearon con su iniciativa y avilantez de aves de paso —sus avíos típicos, sombreros, botas, alforjas, etc.—, el espíritu de independencia del jinete rural.

Así es el huaso, hombre de campo, jinete sobre todo, formado por elementos de toda índole, abigarrados, que se juntan en él y trazan su estampa. Como todo ser humano ostenta cosas vivas adheridas a su cuerpo alguna vez, en un momento dado, y hoy forman su superestructura. Heredero de los soldados conquistadores cabalga en estrecha silla jineta, ablandada por muchos pellones que constituyen la cama del cabalgante cuando lo pilla la noche en los largos y frágiles caminos del país; como tal, también, lleva atrofiados en su espuela los clavillos del castillejo por donde pasaba otrora la cadena del alzaprima militar. Sus estribos, asturianos, de madera, están labrados en el barroco alemán del siglo XVIII. Desde el 30 de septiembre de 1812 usa mantas y cintas tricolores, con significado patriótico, obediendo a la consigna *carrerista* por la independencia de Chile. Junto a su rudeza primitiva, una rudeza bifronte (subsiste en él el chivateo del indio, su grito salvaje que lanza con cualquier motivo en riñas o jolgorios confundido con el afán de lanzar imprecaciones y juramentos, típicamente español muy al fondo, conserva todavía, como vaga reminiscencia, modos muy antiguos que se pierden en la más borrosa lejanía histórica; por ejemplo, ciertos usos emblemáticos caballerescos: el huaso se descalza las espuelas cuando entra en las casas que quiere honrar.

El Huaso. Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago, 1953. Págs. 241-243.